

Juan Delgado Tabares, 4º ESO B

17 de Noviembre, aldea de Alor Soluk, Tierras del Norte, cuarta edad del Sol

Tengo 9 años, vivo con mi padre y mis dos hermanas en nuestra pequeña hacienda de madera, donde el fuego del salón pervive día y noche, todo el año, a causa del gran frío a estas latitudes. Mis hermanas se llaman Mjoll y Savada, Mjoll tiene 16 años, siempre busca fastidiarme con tal de reírse, y Savada, con casi 15, no se queda atrás, las dos están siempre juntas, mi vida se basa en ir a clase, volver, robar algún pan por el camino y rezar porque mis hermanas no se den cuenta.

Mi madre se llamaba Barenzya, murió cuando yo tenía 6 años, pertenecía a la raza de los altos elfos, aunque todos salimos a mi padre, nórdicos. Ella tuvo una gran enfermedad, a la vez que misteriosa, los curanderos, tanto de nuestra aldea como los de las aldeas vecinas, lo intentaron todo; cientos de cremas, cientos de ungüentos, cientos de sopas, cada cosa hecha con mil y una plantas, pero no se presentaba mejora, hasta que falleció en su cama, rodeada por nosotros.

Desde entonces mi padre no ha dejado de gastarse el dinero en aguamiel, para volver ebrio casi cada noche, pierde facultades, ya no se puede mantener una conversación coherente con él aunque todavía guarda algo de cordura para mantenernos a mis hermanas y a mí a todos alejados del sótano. Antaño acostumbraba a ser una puerta más, pero ya ni eso, ahora se trata de tablones clavados. Una entrada tapiada.

Mi nombre es Dahlek, y hoy, como siempre, me preparo para ir a clase, organizo mi mochila de cuero, y me dirijo al colegio, un colegio que antes se trataba de un castillo, con mazmorras y todo. Se sostiene sobre siete columnas de piedra que permanecen ancladas al fondo de un estrecho y oscuro barranco, que en su fondo yace un río, que más que un río se trata de placas de hielo, con finas separaciones de un azul medianoche. Un puente es lo que lleva hasta la puerta principal, una grandísima puerta de reja en forma de arco.

Entro, permanezco tres horas mirando por la ventana, y cuando salgo al recreo, no hago nada más que mantenerme sentado en unas escaleras, de vez en cuando, una profesora amable se para, ve que algo escribo, y me anima a seguir, eso me hace sentir muy bien, no lo hace ni mi padre.

Al terminar la jornada escolar, unas cuantas horas después, salgo por el puente, todos me adelantan, desesperados por llegar a sus hogares, mas yo intento atrasar la mía todo lo posible.

Me siento un rato al lado del puente, al borde del barranco, cuelgo mis pies en el vacío y me concentro en el fondo sombrío, pienso en la altura a la que estoy, en la nieve que se humedece bajo mis piernas, en que no quiero llegar a casa... Quise levantarme, pero para mi desgracia, la vieja y lisa suela de una de mis botas patinó, y caí, hasta que inmediatamente fui absorbido por una rampa de hielo, me encontraba ahora en una caverna y me di cuenta de que estaba ahora atrapado, mis uñas no trepaban las paredes de hielo lisas, por muchas lágrimas que cayeran por mis mejillas, no soportaría una noche sin suficiente abrigo ni comida.

Retrocedí asustado, me senté, y cuando me llevé las manos a la cara, una fina ramita me pinchó por el cuello, me volví, y ahí dormía un majestuoso tigre blanco, abrió su ojo, fue cuando se me heló la sangre, y no por el frío precisamente, me saltó al pecho en un abrir y cerrar de ojos, intentaba alejar su morro de mí, masticaba el aire con furia, y notaba el calor y la humedad de su aliento en mi rostro, una estalagmita se levantaba a mi lado.

Solo se me ocurrió arrancarla y metérsela entre los colmillos. Por un momento se atragantó, segundos de oro para escapar, tomé ruta en un sendero serpenteante que solo llegaba a más abajo aún, corría por mi vida, cuando en una de las cerradas y deslizantes curvas, el tigre resbaló y cayó, sus miembros fueron golpeados con piedras durante su caída, hasta que por fin paró allí abajo.

Un corto rato después llegué yo, todavía vivía el tigre, y quiso gruñirme, pero entonces su corazón dejó de latir.

Necesitaba sobrevivir, después de una hora de asimilación y observación al cadáver, comprobé sus garras, estaban afiladas, Arranqué una, empezaba a anochecer, así que, mientras cerraba los ojos con repelús, abrí al tigre en canal hasta que sus tripas asomaron, algo de calor guardaban todavía. Ahí dormí yo hasta el siguiente alba.